

# De la diversidad y los diversos territorios



**Oscar Jairo González Hernández**

Licenciado en filosofía y letras. Profesor del departamento de Humanidades y Coordinador de la ruta de estudios estéticos de la Universidad EAFIT.  
ojgonzal@eafit.edu.co

Recepción: 2 de septiembre de 2002 | Aceptación: 29 de octubre de 2002

## Resumen

El autor reflexiona acerca de las múltiples posibilidades de construir y deconstruir los territorios, trascendiendo la concepción clásica de éstos ligada al espacio, para lo que propone diferentes territorios, entre los cuales están: el territorio de objetos, demarcado con la mano, el ojo y el gusto; el territorio de los libros, donde lector y texto son la naturaleza; el territorio del cuerpo, que es un territorio del exceso; el territorio del sueño, donde se hace énfasis en lo místico y lo misterioso; el territorio del minero, lugar de trabajo y luz; el territorio infinito de la palabra y una reflexión sutil sobre el territorio de lo económico.

## Palabras Claves

Territorios/ territorio del objeto/  
territorio de las acciones/  
territorio de los libros/  
territorio del cuerpo/  
territorio de los sueños

## Abstract

This article tackles the matter of territories from a perspective that acknowledges a dynamic sense of their construction, conceivably, an imperfect and incomplete construction. The author develops different kinds of territories composed by the objects -with the hands, eyes and taste-, the books -where the reader and the text are the nature-, the body -a territory of excesses-, the dreams -a territory of mystery and mysticism-, the miner -a territory of work and light-, and the territory of the words, infinite and endless.

## Key Words

Territories/ territory of the  
object/ territory of the actions/  
territory of books/  
territory of the body/

## 1. Introducción



odos queremos tener un territorio para transformarlo constantemente y para hacer en él nuestras intervenciones y mediaciones, sin la necesidad de nadie, y es más: sin otros. Deseamos un territorio en el que podamos ser y estar con nuestra propia perturbación, nuestra propia quietud e inquietud, con nuestro propio silencio y nuestra propia soledad; por esa razón formamos y fundamos un territorio cualquiera. En determinados momentos se necesita de la quietud y del movimiento, de la sabia serenidad y de la exacerbación de los sentidos. Entonces el territorio que cada quién se construye está lleno de su estilo y de su forma. Él se hace con él y muere con él.

El territorio es lo que todos quisiéramos tener, pero que no sabemos como tenerlo, o si lo tenemos siempre estamos deseando otros más. Vivimos entre el caos y no sabemos como decidir, entonces nos ideamos la certeza, el nuevo nomadismo de vivir entre las cosas. Poseemos en lo insólito, en lo desconocido y en el secreto. Esos territorios que conocemos, no los hablamos a veces, porque son nuestros, como si esa naturaleza en la que H. D. Thoreau –“*Walden o la vida en los bosques*”- se hallaba a sí mismo fuera por un instante la nuestra. Hablaré de eso que buscamos y queremos alcanzar incesantemente. Lo incesante es lo que hace visible lo nuevo.

Voy entonces a mostrar como no hay un solo territorio, sino muchos territorios como el de los objetos, el de los de los libros, los del cuerpo, los del sueño, los del minero y los de la palabra; con esto cerramos provisionalmente esta reflexión dado que hoy lo que más necesitamos es retornar al sentido de la palabra; esto no quiere decir de manera absoluta, que los otros territorios que hemos intervenido no nos indiquen y revelen su importancia. De esa forma podremos demostrar

como cada construcción de territorio está dominada por una manera en que lo económico lo determina, lo contiene y le proporciona ya sea la dimensión de la medida o la dimensión del exceso, es decir, su racionalidad y su irracionalidad; entendiendo aquí que no hay diferencia entre una y otra, y que lo que se pretende es procurar una fusión, una simbiosis de lo uno y lo otro. Cada lector y pensador podrá inventar sus propios territorios, para establecerse en ellos, para vivirlos y después abandonarlos, para someterse a ellos o liberarse. En el territorio consumimos y somos consumidos, es allí donde tenemos que hallar nuestra medida y nuestra duración. Eso somos. Este texto es, pues, en todo sentido, un primer ensayo sobre esta tema y queda abierto para que otros ensayen sobre él, lo modifiquen, lo transformen y le den múltiples aplicaciones en sus actividades.

## 2. Territorio de las cosas

Las cosas en sí mismas son extraños: nunca nos hablan como son y solamente los conocemos si los poseemos. El territorio de las cosas es entonces el territorio de la mirada y de lo que ella atrapa, de lo que llena e interviene de ese mundo de las cosas y lo que las cosas le dicen y le transforman. Cada cosa tiene un sentido simbólico para el que lo posee. Y eso es lo que nos describe G. Perec: (2001, p. 19); esa fascinación inmensa por las cosas y lo que ellas son, los fantasmas que las rondan y las historias que les dan la importancia que les concedemos. Fisonomía de las cosas, el interés y la obsesión por la forma. Las cosas se presentan por azar, si se quiere ante nosotros y de esa misma manera las deberíamos perder, pero no, por el contrario, ellas cada vez adquieren mayor poder en medio de nuestra vida, la median y la destruyen o la construyen. Tener cosas es saber que ellas hablarán por nosotros, que ellas nos muestran y proveen de indicios a quién nos quiere conocer, porque ellas exhiben nuestro estilo, nos dicen.

¿Qué hay y que no hay?, ¿qué y qué no es?, ¿cómo es? Eso hace parte de la disposición emocional ante las cosas, que no son como nosotros y que desaparecen con nosotros. Las cosas son importantes siempre y cuando hablen de nosotros

y a la vez autentiquen y afirmen nuestra extraña y excesiva capacidad de adquisición. Amamos lo que vale y lo que nos hace valer en la identificación, pero ello no tendría relevancia si todo fuera el resultado del devenir de la pérdida y del exilio. Amamos las cosas porque los perdemos y nos pierden. Perdido lo material, perdida la vida. Perdida la vida, encontrado lo material.

Pero, ante el hecho de pérdida y ganancia, este territorio se impone a través de la ortodoxia condenable del gusto, pero hay que saber que aquél que tiene un verdadero gusto es un solitario de su gusto, tal y como lo concibe Lautréamont (1978, p. 259) al decir en las «Poesías»: «El gusto es la cualidad fundamental que engloba todas las otras cualidades. Es el *nec plus ultra* de la inteligencia. Sólo a él se debe que el genio sea la salud suprema y el equilibrio de todas las facultades.» Los objetos nos marcan y hacen huella y rastro en nosotros, porque ellos como nosotros los y nos poseemos. Ellos viven con nosotros y nosotros en ellos. Es lo que no queremos decir a veces, para no aparecer ante los otros como consumistas y materialistas. Los objetos son lo material y nos hacen materialistas. Hay que ser materialistas para tener objetos, para hacerlos una forma de la vida y re-semantizarlos.

...cada construcción de territorio está dominada por una manera en que lo económico lo determina, lo contiene y le proporciona ya sea la dimensión de la medida o la dimensión del exceso, es decir, su racionalidad y su irracionalidad; entendiendo aquí que no hay diferencia entre una y otra, y que lo que se pretende es procurar una fusión, una simbiosis de lo uno y lo otro.

Excesivo o no, hay que tener objetos que hablen de nosotros, que revelen una estética y describan la historia de nuestra relación con ellos. Se dice de los objetos que con la muerte no nos los podemos llevar y en efecto es así, lo que no hemos podido saber es que es lo que nos llevamos en la memoria de esos objetos y sí con la muerte la memoria se destruye. Nosotros mismos somos objetos para nosotros mismos: objetos de reflexión, por ejemplo.

Ellos forman un territorio de culto y devoción, oracular casi. Los contemplamos y somos contemplados por ellos. Mirada del objeto al objeto que somos. Nada da más ira que el hecho de que otro nos desordene nuestros objetos, los coloque a su manera en la sala de nuestra casa. Ello quiere decir que los objetos son parte esencial de nuestra cotidianidad, eterna o inmortal, finita o infinita, cósmica o terrenal. Doble manera de morir y perpetuarnos. Los objetos nos dan la conciencia.

### 3. Territorio de los libros

No los considero como objetos, sino como territorios porque son como la tierra de la cual el lector se apodera y en ella se afirma; la lectura

corresponde también a su naturaleza; porque no es aquello subsidiario a sí mismo, sino que él es lector del libro de la naturaleza. Necesariamente el libro es el territorio donde él yo del lector interviene y excava, puede extraer de allí lo que necesita y lo que se halla en su dominio. Ese dominio es el de su biblioteca. La biblioteca es lo que hace allí de medio y elemento, de prueba y de problema, porque el libro es lo que está escrito y es el resultado de otro que ya ha territorializado un saber o un sueño, un ideal o hasta ha hecho su misma tumba. El territorio de la biblioteca es el del libro, pero a la vez, lo es también y de la misma forma del lector. Y de un lector que ha hecho de esas propiedades el sueño realizado. Que conoce en los intersticios de ese mundo y en sus fisuras.

En la construcción de la biblioteca lo que se construye de una manera es un territorio que tiene secretos y que el lector es el conocedor de los mismos. La biblioteca de Horace Walpole no es la misma que la de H. P. Lovecraft; o la de un lector de un solo libro. El sueño sería que un hombre tuviese una biblioteca de un solo libro y en él, él pudiera ser el lector de todos los libros.

Necesariamente el libro es el territorio donde él yo del lector interviene y excava, puede extraer de allí lo que necesita y lo que se halla en su dominio. Ese dominio es el de su biblioteca.

El libro como la corroboración y la prueba de lo absoluto, del libro único como en el romanticismo o en el simbolismo. El libro que lo dice todo y la biblioteca que exhibe la totalidad. El libro que no está hecho todavía y la biblioteca que ya esta hecha, que es el universo. Recordemos que Mallarmé (1977, p.114) soñaba con «El libro», como «instrumento espiritual»: «El repliegue virgen del libro, por lo demás, se presta a un sacrificio que hizo sangrar el rojo canto de los tomos antiguos; la introducción de un arma, o plegadera, para fijar la toma de posesión. Cuán personal más tarde, la conciencia, sin ese bárbaro simulacro: cuando se vuelva participación, en el libro considerado de este modo, o de otro variados sus aires, adivinado como un enigma -vuelto a hacer por sí mismo (...).» El libro único y no la biblioteca única. Los libros pertenecen a un mundo que está buscando y deseando la totalidad, pero esta totalidad no está en la biblioteca sino en el libro.

Hay quienes llevan estadísticas del número de libros que tienen y eso para ellos puede ser muy interesante y necesario, pero no alcanza, en nuestro criterio, la factura de lo maravilloso y lo inmutable, el impulso interior; lo que sería lo inverso, respecto al que solamente tiene un libro o al que deseaba solamente tener una cantidad determinada de libros y nunca se inquietaría por adquirir uno más. Las bibliotecas, entonces, son territorios en donde se poseen los libros y donde se hacen transacciones con ellos. El lector decide qué lee y allí hay una decisión que ordena el mundo. Toda decisión irrevocable ordena el mundo interno. Este territorio es el del secreto. Todos queremos

tener un libro que nos tiene, pero este no ha sido escrito todavía. Un pequeño ángel necesario nos dicta lo que tenemos que decir; es pues, la economía de lo expresable.

#### 4. Territorio del cuerpo

Uno de los territorios más extraños para nosotros mismos es el del cuerpo, uno de los más problemáticos dada nuestra «formación». Y por eso mismo el más fracturado y el más extirpado. No es una casualidad que los que más hablan del cuerpo son los que menos lo tienen, y no lo tienen como totalidad de su ser. O están ocluidos sus sentidos. En nosotros procede es la extirpación del sentido del mismo y no su exploración. O sea, no es sobre el orden del conocerlo desde el cual nos imanta sino desde el orden de destruirlo.

Es la destrucción lo que más se quiere de él, lo que más se le reclama, e inclusive hoy cuando se llama de manera extrema a su dominio, a su verdadera posesión y al hecho de liberarlo de todo lo que sea corrosivo y destructivo para él. Eso lo hace más vulnerable a la destrucción, porque este territorio de los sentidos es para consumirlo, haciéndolo tras un hedonismo excesivo, pero medido por uno mismo. El exceso es la medida de esa posesión sexual y sensual de él, su vida exterior y su vida interior.

Él es el medio entonces para extender lo excesivo, para llenarlo y para iluminarlo. Este exceso no puede darse sino aquí. Lo que hay en él es una totalidad que nos dice y nos hace «comunicables»; por medio de él podemos hablar de lo secreto y del misterio y no solamente de aquello de lo cual la prosémica habla. Nosotros hablamos no a través de él, sino a causa de él, él es antes que nosotros, o sea de aquello que hablamos. No lo escuchamos, lo hacemos hablar, para ocultar, para decidir por su transparencia, para destruirlo. Él habla por sí mismo y no necesita de nada más.

Hay quien solamente se halla en poder de los músculos, y habla desde ahí; hay quien no tiene nada más que las manos para realizar una tarea determinada y alienada, por la imposición de su repetición; hay quien no tiene sino el oído y desde allí escucha y proyecta su escucha respecto a su

realidad y, a la vez, sobre el mundo. Lo que intentamos decir, es que no hay sentido de totalidad en ellos, y que por eso mismo él está extirpado como totalidad. Hay exclusiones en el cuerpo. Nosotros observamos totalidad en un cuadro de Rafael o en una escultura de Giacometti, porque son totalidades poseyéndose. Tendemos a concebir el cuerpo como un territorio en la medida en que nos hace y nos destruye. Es un territorio para la destrucción y la transformación; por eso mismo un territorio vivo y al mismo tiempo lleno de muerte.

Hay en ese territorio zonas extrañas y desconocidas que no siempre son las mismas, pues han ido cambiando y han ido siendo transformadas, como por decir, lo que el tiempo hace en uno, en el cuerpo y lo modifica poderosamente, sin reversibilidad posible, sin aplazamiento; lo que hace incisión y hendidura, huella y memoria en nosotros, lo que nos hace hablar y lo que nos dice. También hay partes del cuerpo de las que nunca queremos hablar, o que si hablamos de ellas lo hacemos por medio del «chiste» o las llevamos al «porno» de una manera muy concreta, para por medio de la concreción liberarnos de verlas y hablar de ellas cotidianamente. Por ello mismo no tienen fluidez, movimiento, necesidad.

Es lo que censuramos de él, lo que no hace conocer y desarrollar con mayor fuerza y poder este maravilloso territorio, desde cual nos hablan y hablamos. -¿Por qué no puedo estar sin él y no morirme?- Este territorio es el de la seducción. La seducción no es la inducción, es lo que palpita y lo que podemos palpar con el cuerpo o sin él. Travesía de lo suntuario, por lo sexual, y trayecto de la falta, de la falta del cuerpo, por la sensualidad. El cuerpo está mutilado y es el «cuerpo del horror», cuando no tiene lo que lo imanta y lo proyecta por vía de la irradiación: la creación.

#### 5. Territorio del sueño

Es tal vez el territorio del sueño uno de los más hermosos de todos y no lo ha hablado un solo hombre sino que todos los hombres han hablado de él y es más: han creído vivir en uno de ellos. El sueño es el que se nombra desde los más absurdo

y desde lo más sorprendente. Todos soñamos, todos tenemos y lo hemos expresado y explicado. El sueño es explicable, es la verdadera explicación. Y por eso es un territorio que vaciado se llena en un momento inesperado y asombroso. Es el vacío que se llena con lo desconocido que nos posee; el sueño es lo que nos posee y nos lleva a la tierra del sueño. Es allí donde hacemos lo que tenemos que hacer para fortificar y fortalecer la vida, lo que tenemos como vida. Esa es la combinación extraordinaria y máxima de la vida y la muerte en un mismo instante. Y ese es su mayor instante de intensidad y de inocencia.

Como dice Fernando Pessoa (1985, p. 229) : «(...) El soñador no es superior al hombre activo porque el sueño sea superior a la realidad. La superioridad del soñador consiste en que soñar es mucho más práctico que vivir, y en que el soñador extrae de la vida un placer mucho más vasto y mucho más variado que el hombre de acción. En mejores y más directas palabras, el soñador es quién es el hombre de acción.» Lo que se halla en la acción se halla en el sueño.

Es el sueño el que nos hace alcanzar trances místicos y hace *catharsis* en nosotros. Es el medio para continuar en la insistencia hacia la luz, hacia lo luminoso. Territorio de todos y de nadie. Tierra mía y de nadie, porque no sabremos nunca quién estará en ella después de nosotros. Insondable su dominio y hermosa su visión. Todos hemos tenido un sueño y esa tierra ha sido nuestra allí en ese momento. El sueño es entonces el territorio de lo que siendo poseído no se tiene nunca para uno mismo, sino que se tiene para todos los hombres. Y soñamos es para todos los hombres y por todos los hombres. Este es el territorio de lo posible y de la pérdida. Y es perder lo que se posee y lo que se quiere, para dar lugar al hallazgo. Solamente podemos aspirar e inspirar el encuentro cuando, como en el sueño, no hay nada que perder y no hay nada que ganar. Ganar y perder corresponden a un estado de profunda emoción interior.

## 6. Territorio del minero

La tierra debe ser conquistada y ha de ser por medio de la aventura y la experiencia. Experiencia

y aventura, parodiando a Walter Benjamín («Experiencia y pobreza»), son las que nos hacen iniciar el viaje hacia el territorio de lo desconocido, ya no por visible sino porque no nos es visible y hay que encontrarlo y descubrirlo. Ese sueño fantástico y por el tesoro que hace lo insaciable en el viajero. El minero es aquí entonces un viajero del territorio, del que conoce como del que no conoce. Nada lo calma y lo tranquiliza, vive en la intranquilidad y en la inquietud. Es el verdadero hombre de la inquietud. Todos son sus territorios porque nada esta terminado y alcanzado para él. Conquistar es la exploración que hace en sí mismo y la que lo forma. Construir es conquistar. Nada puede ser construido donde no se ha conquistado el territorio y para él es la mina.

Territorio oscuro. Todo es de la oscuridad y él tiene que derrotarla y destruirlo. No hay día ni noche. Como lo dice Novalis (1981, p.139) en «Enrique de Offerdingen»: «(...) El minero (...) Sólo aspira a una cosa: saber donde ese encuentra el imperio del metal y sacarlo a la luz del día. Con ello se contenta: el brillo cegador de los metales no puede nada contra la pureza de su corazón. El fuego de su peligrosa locura no es capaz de inflamar su espíritu: la felicidad del minero está en la contemplación de sus extrañas formaciones, lo peregrino y singular de su origen y de su morada, no en está posesión material que promete a los hombres toda clase de dichas (...)».

Tratado de la luz y del reposo, pero a la vez del hacer, que es el del explorador y que es la antítesis del desplazado y del desterritorializado. Este es un arrebatamiento violento, mientras que el otro es el resultado de una obsesión, de un sueño que nos funda y nos hace iniciar el trayecto de lo inexplorado y de lo inexorable. Quiero que se entienda que el éxodo no es el trayecto, y que uno puede hacer trayectos por sus propios mundos y hacer si lo quiere, un éxodo hacía sí mismo, como lo hace este hombre del que habla Novalis. Territorio de la tierra, real y concreto, calculable y mensurable e inseparable de quien busca conquistar, lo irreal, lo calculable y lo incomensurable. Reino de la promesa y de la espera. Del encuentro, de lo conciencia situada en otras coordenadas de lo

racional, de lo simétrico y apoyado en una indemostrable masa emocional. Encontrar es inexplicable.

La materia nos hace con la misma fuerza que el espíritu. Para el minero, la disputa entre lo material y lo espiritual está resuelta. Es como si el minero mismo pudiera decirse en el fondo de su alma poética: «Yo soy el fondo de la mina, su oscuridad y su luz, pero de la misma manera, vivo en su claridad y su transparencia». No hay malentendido, el hombre es la mezcla indisoluble e imprecisable entre lo material y lo espiritual. Cada quién inventa el medio y el instrumento para realizar

y realizarse en el sueño y en la realidad. No hay contradicción. La tierra del minero no es la del intelectual, pero ambas combaten por ser lo mismo entre la obra ya hecha y la obra por hacerse. He ahí el poder de lo económico, irrevocable. Uno que es propietario y otro que busca serlo.



## 7. Territorio de la palabra

Delante de lo irresoluble queda la palabra como el vehículo para su resolución y su respuesta. No hay sino respuesta. Lo que la palabra, que es femenina, hace es positivar la destrucción de lo irresoluble y de la contradicción. Ella es la participación y la verdad de esa participación.

Lo que ella dice es lo que es necesario hacer y en lo que hay que comprometerse. Ella no es solamente de uno de los hombres, por decir, el Dios-Hombre, sino que ella es de todos los hombres que la hallen dentro de sí; porque ella no es solamente lo exterior que propicia la comunicabilidad sino lo que es interior, o sea aquello que no puede ser dicho entre los hombres. Ella puede ser dicha y no dicha. Dicha cuando es mediadora entre los hombres como respuesta y no dicha, cuando es mediadora entre el hombre y lo divino.

O sea que ella es práctica y a la vez no lo es. Es verdad para una realidad y puede no serlo para otra realidad, la mía. Lo que hay que intentar es fusionarlas para que entonces podamos «hablar lo mismo». Y es que no se puede «hablar lo mismo» porque no todos tienen la palabra dentro de sí, como un territorio, como la tierra de sí mismos; entonces hemos considerado hasta ahora que ella se debe a nosotros, y es lo contrario, nosotros nos debemos a ella y ella es lo que nos hace vivir. Lo que damos a la vida, es lo que hablamos con ella, lo que queda de nuestra vida es lo que ella nos habla a nosotros. Lo que hablo no soy yo el que lo hablo, es ella la que le habla a otros hombres con los que estoy, porque ella es más que yo, dado que si yo estuviera muerto ella todavía podría hablar. Ella me posee y soy su poseído.

Lo que nosotros necesitamos es hacernos hablar por ella y no hablar por ella, ella sabe la respuesta y solamente se hace expresable en el momento en que ella lo quiere, no hay que forzarla y menos intimidarla. Nos han exterminado hasta el poder de ir donde está la palabra, a su territorio. Hay fronteras hasta para ella, pero lo que más hay es la intimidación, la extorsión y la amenaza de tener que hablarnos sin ella, con unas cosas ya sabidas y dichas sin sentido. La nueva locura: la ley del silencio; porque cuando se impone el silencio por miedo es que ella ha muerto. Cuando ella muere hay silencio, pero un silencio abyecto. Y sin ella estamos en la abyección. Así como lo dice Edmond Jabés (1990, p. 153): «Soy la palabra a tu alcance/ y temerosa (...).»

Temer a la palabra es temernos a nosotros mismos para comprender al Otro; solamente se comprende al Otro cuando tememos y temblamos ante lo que puede decirnos, ante el poder de su expresión. La palabra cuida de nosotros y se cuida a sí misma. No hay palabra que no sea de ella misma y de nosotros. Buscamos la palabra para no perdernos, pero al mismo tiempo la palabra nos pierde. Cielo e infierno en el mundo capitalista. Extensión y expansión de la compra-venta cultural, su aplicación y su práctica, irreversible y por lo tanto, cuando se libera de esa opresión, funda sin intimidación y sin esclavitud, la relación, por fin, de lo estético-ético, como lo intuye de manera brillante Kierkegaard (1975, p. 116 y sig.).

Ella es del dios de lo posible y el demonio de lo imposible, y viceversa. Ella es el canto y la oración que reúne al pueblo. La palabra pertenece también a la economía de lo político, del «eros» político y no de la mala y obscena «retórica»: su desperdicio, la que mal que bien pretende instaurar el «homus»

económico. El hombre tiene una medida y el mundo también; se trata entonces de medir, dentro de la perspectiva creadora la temperatura real y concreta de lo útil y lo inútil, de lo necesario y lo innecesario. He ahí el dilema, el ser y no ser, entre la prepotencia del consumidor y la

soberanía del que posee. Es claro que hay un abismo irrecuperable entre el consumidor en masa, el que participa y se involucra inconscientemente como masa consumible y el que es consumido por aquello que domina desde la perspectiva finita e infinita del poseedor. Hay pues un consumidor de cosas y otro, que se consume en ellas y las posee, el que se halla entonces en la relación de ritualizador. Ritualizar el consumo es el ritual del que adquiere para la muerte. Ese es el hilo de su dialéctica y de su poética.

Temer a la palabra es temernos a nosotros mismos para comprender al Otro; solamente se comprende al Otro cuando tememos y temblamos ante lo que puede decirnos, ante el poder de su expresión. La palabra cuida de nosotros y se cuida a sí misma.



## Conclusiones

Concluyendo, es necesario sabernos como constructores de territorios, como hacedores de mundos, para lo cual es imprescindible e imperioso adquirir conciencia sobre sí, sobre el mundo y sobre las cosas, para por medio de ese conocimiento poder estar en condiciones de hacer posible el encuentro con lo Otro, lo que no es uno mismo.

Ese trayecto es, sin duda, el de lo transdisciplinario que se muestra hoy como la tensión mayor de las maneras, de los métodos y de los sistemas para descubrir y conocer, para ampliar y expandir el campo del conocimiento e iluminar la propia disciplina. Como lo decía Max Horkheimer (1976, p. 35): «En *mi* academia platónica, las clases inferiores recibirían cursos de crítica de la economía política, y deberían extraer todas las consecuencias de ella. Se las educaría para convertirlas en dialécticos activos, y se las familiarizaría con la práctica. Obviamente, en las clases superiores tendrían que comprender a Mallarmé, sin olvidar lo primero.»

Los territorios sobre los que tratamos no tienen nombre y no podemos definirlos, porque no hacen relación a conceptos ya establecidos y determinados, sino que estos, son en todo momento nuevos para quien este en poder de una concientización (Husserl) del mundo y sienta el deseo de experimentar en esa recuperación y recomposición que a él le concierne, y nada más que a él. Estancia del ser.

## Bibliografía

Agamben, Giorgio (1995). *Estancias, La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia: Pre-textos.

Augé, Marc (2001). *El sentido de los otros*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Geertz, Clifford (1999). *Los usos de la diversidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Horkheimer, Max (1976). *Apuntes -1950-1966*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Jabés, Edmond (1990). *El libro de las preguntas*. Vol I. Madrid. Ediciones Siruela.

Kierkegaard, Sören (1975). *Diario de un seductor. Temor y temblor*. Madrid: Ediciones Guadarrama.

Lautréamont, el Conde. (1978). *Poesías*. En: *Obras completas*. Buenos Aires.

Mallarmé, Stephan (1977). En: Simons, Edison: *Poética de Mallarmé*, Madrid. Editora Nacional.

Novalis (1981). *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen*, Madrid. Editora Nacional.

Perec, Georges (2001). *Pensar/Clasificar*. 2 ed. Barcelona: Editorial Gedisa.

Pessoa, Fernando (1999). *Libro del desasosiego*. Barcelona: Editorial Seix Barral.

Ponge, Francis (1998). *De parte de las cosas*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Sloterdijk, Peter (2002). *El desprecio de las masas. Ensayos sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*. Valencia: Pre-textos.

Thoreau, H. D. (1977). *Walden o la vida en los bosques*. Buenos Aires: Editorial Reino.